

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

V. LOS SACRAMENTOS: CONFORMACIÓN AFECTIVA CON CRISTO

1) ¿CÓMO TRANSFORMAR NUESTROS AFECTOS?	1
2) LOS SACRAMENTOS: RESONANCIA AFECTIVA CON CRISTO.....	2
3) INICIACIÓN CRISTIANA: LOS MISMOS AFECTOS DE CRISTO	3
4) PENITENCIA Y UNCIÓN: SANAR LOS AFECTOS	4
5) EL MATRIMONIO: VIVIR LA FAMILIA, DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO	5
6) PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO CONYUGAL.....	6
7) PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EQUIPO	6
8) PRÁCTICA.....	6

El corazón de Cristo ha resucitado. Vivo, sigue latiendo por nosotros. Nos preguntamos: ¿cómo podemos entrar en sintonía con Él? ¿Cómo pueden sus amores, deseos, gozos, transformar nuestros amores, deseos, gozos?

Son preguntas centrales en nuestra vida de familia. Sin afecto falta algo esencial al amor de los esposos, a la educación de los hijos, a la riqueza que la familia da a la sociedad. Lo que falta no es un mero sentirse bien. Pues en el afecto hay una llamada a que crezcamos y maduremos, para dar fruto.

1) ¿Cómo transformar nuestros afectos?

Para ver cómo crecen los afectos ayuda considerar este eje central de los afectos: del amor al deseo, y del deseo al gozo.

Comenzamos por el amor, primer afecto. Gracias a él nos tocan los bienes que nos rodean, y especialmente las personas. Al tener afectos, no somos

insensibles ni indiferentes, sino que la persona amada entra dentro de nosotros, se hace allí presente, nos llama desde dentro.

Nace entonces el deseo: una fuerza que nos mueve a unirnos al amado, forjando un mundo común. Y esta unión con el amado nos lleva al deleite o gozo, cuando compartimos la vida con él.

Pues bien, en este juego de amor-deseo-gozo, no somos meros espectadores. A diferencia de los animales, el hombre puede transformar sus amores, deseos y gozos.

Tomemos el amor. Según como seamos, nos impactarán unas cosas u otras. De niños nos afectarán juguetes o diversiones que nos dejarán indiferentes de adultos. En nuestros amores está nuestro nombre y nuestro destino. Recordamos a san Agustín: “¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas el cielo? Cielo eres”.

Tomemos el deseo. Deseamos muchas cosas, pero a veces no nos gustan estos deseos, como cuando queremos superar una adicción. Entonces podemos desear cambiar de deseos. Este deseo de cambio puede suscitarlo un amigo al que admiramos. Vemos lo que el amigo desea, y nos gustaría desear esas mismas cosas. ¿Por qué?

Resulta que, si las desea nuestro amigo, tienen que ser cosas que llenan el corazón. Además, deseándolas, nos uniremos más a nuestro amigo. En este caso tenemos “deseos de deseos”, como decía san Ignacio de Loyola. Y si perserveramos en la amistad con este buen amigo, podremos transformar nuestros deseos, hasta desear como él.

Apliquemos esto a nuestra vida de familia. Podemos cambiar nuestros amores. ¿Qué nos atrae de nuestro esposo, hermanos, hijos? ¿Es solo utilidad o placer? ¿Amamos en ellos lo más noble? Y, con nuestros amores, cambian nuestros deseos: ¿qué buscamos construir juntos? Y nuestros gozos: ¿qué nos da alegría juntos? ¿en qué descansamos?

Volvamos ahora al corazón de Jesús. Si está vivo, si Él también ama, desea, goza, puede contagiarnos su afectividad. Podemos amar, desear, gozar como Él. Así, Él traerá una nueva medida a nuestra vida de familia. ¿Cómo nos la puede comunicar? Vamos a ver que la respuesta está en los sacramentos.

2) Los sacramentos: resonancia afectiva con Cristo

San Ignacio de Loyola, en sus ejercicios espirituales, nos invita a conformar nuestras penas y alegría a las de Jesús. Por eso el ejercitante pide dolor con Cristo doloroso, pena con Cristo sufriente, y también alegría con la alegría del Resucitado. Recordamos a san Pablo: “tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús” (*Fil 2,5*).

Pero, ¿depende esto solo de nuestro esfuerzo de imaginación? No, esta oración tiene una base sólida en los sacramentos. Solemos pensar en los sacramentos como la concesión de una fuerza o de una luz. Tal vez los vivamos como signo de pertenencia comunitaria.

Todo esto está bien. Pero se nos olvida que el sacramento es ante todo la apertura de un espacio en que podemos habitar, el espacio del cuerpo de Cristo. Lo que el sacramento nos ofrece es como una tierra nueva donde podemos plantarnos. Nos da relaciones nuevas, una familia nueva, a partir de nuestra participación en el cuerpo nuevo de Jesús.

Dándonos un cuerpo nuevo, el sacramento nos da afectos nuevos. Podemos pensar en los sacramentos como eventos de transformación afectiva. Son los lugares donde se da una resonancia afectiva con el corazón de Cristo. En ellos entramos con nuestro modo de amar, desear, gozar. Y salimos con amores, deseos y gozos cambiados según la medida de Jesús.

3) *Iniciación cristiana: los mismos afectos de Cristo*

Ya dijimos en nuestro primer tema de Caná que, cuando Jesús instituyó la Eucaristía, diciendo “tomad mi cuerpo, tomad mi sangre”, estaba ofreciéndonos su corazón. Pues el corazón es nuestro cuerpo en cuanto que es capaz de hablar el lenguaje del amor. Por eso es el corazón el que dice: “mi cuerpo por vosotros”.

Pues bien, todos los demás sacramentos son modos en que la Eucaristía, es decir, el corazón de Cristo, transforma distintos aspectos o situaciones de nuestra vida.

a) Empecemos por el bautismo. Por él nacemos al cuerpo eucarístico de Jesús. Por eso podemos ver el bautismo desde su corazón. Al bautizarnos se nos da un corazón nuevo, a la medida del corazón de Cristo. Esto significa que el bautismo cambia nuestra afectividad: cambia nuestro modo de amar, desear, gozar.

El *bautismo* cambia nuestro modo de amar, porque las cosas y personas tocan al bautizado de modo distinto, como tocaban a Jesús. El bautizado es capaz de ser tocado por el Padre en todo lo que padece y obra. Por el bautismo los hermanos nos tocan y nos atraen porque son regalos que el Padre nos hace y nos confía.

Y por el bautismo tenemos también un nuevo repertorio de deseos. Nuestro deseo apunta al Padre, y ya solo se sacia en Él. Y adquirimos capacidad para nuevos gozos, gozos que nadie nos puede quitar.

Esta apertura a nuevos amores, deseos y gozos se arraiga en el corazón del bautizado como una capacidad nueva, que estamos llamados a cultivar. Y muchas veces, por desgracia, desperdiciamos esta capacidad de amar, desear, gozar. Es como quien conduce un Ferrari por carreteras de pueblo.

Participar en la Misa es un modo de cultivar los nuevos afectos recibidos en el bautismo. Podemos ver la Eucaristía, no solo como un momento de intimidad con Cristo, en la comunión, sino como un proceso transformativo. San Agustín comparaba la misa a la cocción del pan, desde que se tritura el grano hasta que se hornea la masa. Entramos con unos deseos y salimos con otros. Cada Misa se multiplica nuestra capacidad para la alegría verdadera.

Un ejemplo son las lecturas. Empezamos con la lectura del Antiguo Testamento. En ella se describe la llamada de amor, llena de promesas, que el Creador ha puesto en lo más hondo de nuestra vida. Luego viene el salmo, que

expresa los deseos que nacen de este amor, enmarcándolos en la comunión de llamada y respuesta, y tal vez con canto. La segunda lectura, del Nuevo Testamento, nos revela que esos deseos han sido dilatados en nosotros, que somos criaturas nuevas en Cristo, con capacidad para vivir una vida digna del mismo Dios. Entonces llega el Evangelio, que es la presencia nueva de Cristo, que nos renueva continuamente. Él nos invita a plenificar en él nuestros amores y deseos, mostrándonos su corazón para que nos conformemos a Él.

¿Y si viviéramos cada misa como un camino para aprender nuevos amores, deseos, gozos? Ensayemos la acción de gracias después de la comunión como una mirada al futuro, a la semana que tenemos delante. Entonces la semana adquirirá luz nueva, porque la miramos desde la unión con Jesús, que nos da una medida más alta del amor y del gozo. ¿Qué buscaremos en cada acontecimiento de esta semana que empieza? ¿En esa conversación difícil con un hijo, en esa celebración esperada, en ese reto laboral? ¿Qué promesas esconde, qué respuesta nos pide?

b) También la *confirmación* puede verse desde nuestro modo de amar, desear, gozar. Si el bautismo nos permite recibir la medida de Jesús, por la confirmación podemos contagiar a otros esa medida. Es decir, nos hacemos fuente que irradia, de forma que comuniquemos un modo de amar, desear, gozar. Por eso la confirmación es decisiva para los padres, para los maestros, para los misioneros... para todos aquellos a quienes se les han confiado otras personas.

Además, la confirmación actúa para que los amores, deseos, gozos, pueden vibrar en situaciones arduas. Cuando los bienes son difíciles de alcanzar, cuando hay obstáculos para unirnos a las personas amadas, los afectos de amor, deseo y gozo se enriquecen con otros: la ira, la audacia, la esperanza. En la confirmación se nos da la fortaleza que permite ordenar estos afectos, según la medida de Jesús que combate.

¿Y los otros sacramentos?

4) *Penitencia y unción: sanar los afectos*

La penitencia puede verse desde la óptica bautismal. Entramos a confesarnos con un corazón duro. El pecado enfría el amor. Nos quita sensibilidad. Ya no reaccionamos ante el bien, que deja de atraernos con la misma fuerza. Y el pecado mata los verdaderos deseos, dejándonos con deseos-bumerán, incapaces de escapar al campo gravitacional del yo. Y lo mismo con el gozo, como decía C.S. Lewis: cuanto más peca uno, menos placer le saca al pecado.

Ante esto, el sacramento de la penitencia inicia un proceso de sanación. En él encontramos de nuevo al corazón de Cristo, para que reavive nuestra capacidad de amar, desear, gozar.

¿Y la unción de enfermos? En la enfermedad suele decaer el tono vital. Perdemos el apetito. Si la enfermedad es grave, disminuyen las ganas de gozar, porque la cercanía de la muerte nubla todo horizonte. Como dice la Biblia, se alcanzarán “los años en que digas: no les sacó gusto” (Qo 12,1).

Ahora bien, por esta misma situación pasó Jesús, cuya alma estuvo triste hasta la muerte (Mt 26,38). Y en esa situación, Él fue capaz de transformar sus afectos, dirigiéndolos al Padre, cuyo amor le atraía con tal fuerza que le permitía mirar más allá de la muerte. Así que la unción de enfermos nos asocia a los afectos de Jesús en esa situación extrema, para que también en este trance podamos “levantar el corazón”.

5) *El matrimonio: vivir la familia, desde el corazón de Cristo*

Y volvemos desde aquí al lugar donde empezábamos: la familia y sus afectos.

La familia no es un mero refugio emotivo, donde volvemos tras el duro día de trabajo en la ciudad gris para sentirnos queridos y acogidos. Los afectos que se viven en la familia, por el contrario, tienen fuerza para sostener la vida, para lanzarnos al trabajo, para edificar la ciudad de los hombres.

Pues en la familia los afectos están guiados por nuestra alianza esponsal, que se desborda en los hijos y los educa, para que puedan amar en verdad. Esta alianza para toda la vida orienta y dilata nuestros amores, deseos, gozos. Los esposos se miran, se desean, se gozan, como compañeros de este trayecto donde maduran y dan fruto. Y desde aquí vencen tristezas y desesperanzas. Y forman el corazón de sus hijos.

En este horizonte afectivo entra el sacramento del matrimonio. El amor de Cristo hasta la muerte, capaz de perdonarlo todo, da a los esposos y padres una manera nueva de amar juntos, de desear y proyectar juntos, de gozar juntos.

Al amarse en el sacramento, los esposos se aman de forma nueva, porque les atrae en el otro la plenitud de Cristo. Además, el sacramento introduce en los esposos deseos nuevos: de dar la vida por el cónyuge, de seguir perdonando, de dilatar el camino de los hijos hacia Cristo.

Y también hay en la familia cristiana una capacidad nueva de gozar, como quien ha aprendido gusto musical y solo le deleitan ya los grandes maestros. Es el gozo de celebrar los regalos de Dios, de compartir la fe en Cristo, de dar frutos mayores en la unidad y en la misión.

Terminemos con un símbolo, el trillo que se encuentra a la puerta de la capilla de la casa madre de los Discípulos, en Villaescusa de Haro. ¿Qué significa situar ahí el trillo? Propio del trillo es separar la paja, dejando al descubierto el grano, con el que se cocerá el pan.

Entramos a participar de la Eucaristía y el trillo nos recuerda que, entre los mil deseos superficiales que nos agitan cada día, aquí se pone en juego el deseo central de la vida. ¿Cuál es tu amor radical, qué deseas y en qué te gozas desde ese amor? La Eucaristía quiere tocar ese punto de tu vida. Quiere purificarlo y situarlo en su verdad, transformándonos.

Este verdadero centro lo identifican las palabras de Jesús: “mi cuerpo por vosotros, mi sangre derramada”. Eres tú mismo solo si vives desde este don recibido con otros; solo si vives como alguien llamado a esta entrega común. El

trillo te recuerda que tu centro es como el grano de trigo, que se junta a otros granos para hacer un solo pan, pan que alimenta y devuelve el gusto y el vigor.

6) Preguntas para el diálogo conyugal

1.- ¿Dónde tiene puestos los afectos cada uno? ¿y vuestra familia, como unidad, a dónde apunta? Pasad por el trillo por vuestros deseos, identificando y separando el trigo de la paja.

2.- ¿Qué personas os ayudan a desear, quienes os impulsan y acompañan en vuestro camino conyugal? ¿con qué otros granos de trigo se junta vuestra familia para hacer “un solo pan”?

3.- ¿Qué pecados o faltas pueden enfriar vuestro amor conyugal? ¿cuidamos el sacramento de la penitencia y nos pedimos perdón con humildad?

Después de comentarlo, podéis dar gracias a Dios juntos por el amor que os ha sido donado y por las personas que ha puesto en vuestro camino como familia.

7) Preguntas para el diálogo en equipo

1.- Desde la fuerza del “amor-deseo-gozo”, ¿cómo se ilumina tu amor conyugal y tu amor a tus hijos? ¿Qué gozos tenéis en común, qué gozos os transmitís unos a otros?

2.- ¿Cómo puedes prepararte para vivir la Eucaristía como un proceso de transformación del deseo? ¿Vas a la Eucaristía solo para que el Señor colme tus deseos o para adquirir nuevos deseos?

3.- ¿Qué poder educativo tienen los sacramentos si los miramos desde esta lógica afectiva? ¿Cómo podemos dar a nuestros hijos capacidad para deseos y gozos más altos?

8) Práctica

Recitar diariamente o semanalmente en familia la segunda serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡enséñanos a entregar la vida por los amigos!”